



SOLDADO DE CABALLERÍA

sino como rey alemán, Oton I llevó á cabo la hazaña, que quizás justifique su sobrenombre de Grande. Fué ésta la brillante victoria que á sus órdenes alcanzaron las huestes alemanas sobre los húngaros en 10 de agosto de 955 en el Campo de Lech, cerca de Augsburgo, concluyendo desde entónces para siempre con la temible plaga de los magiares. El principio de la dignidad real hereditaria entre los alemanes parecia ya fundado sobre una base firme; la corona real é imperial pasó de Oton I á Oton II y luego á Oton III; pero al morir éste en Roma (1002) ántes de cumplir los 22 años, extinguióse el esplendor de la dinastía imperial de los Otones, despues de haber pasado por peligrosos períodos de crisis. Cuando murió el emperador Enrique II, biznieta del rey Enrique, que, al contrario de los tres Otones, buscó el centro de gravedad del poder imperial en Alemania, y no en Italia, considerando sin embargo, con sobrada parcialidad, al clero como tal centro, extinguióse para siempre la dinastía imperial sajona (1024). A la par que sus errores y faltas, deben consignarse tambien sus grandes méritos, pues mani-



INVASION DE LOS HUNOS

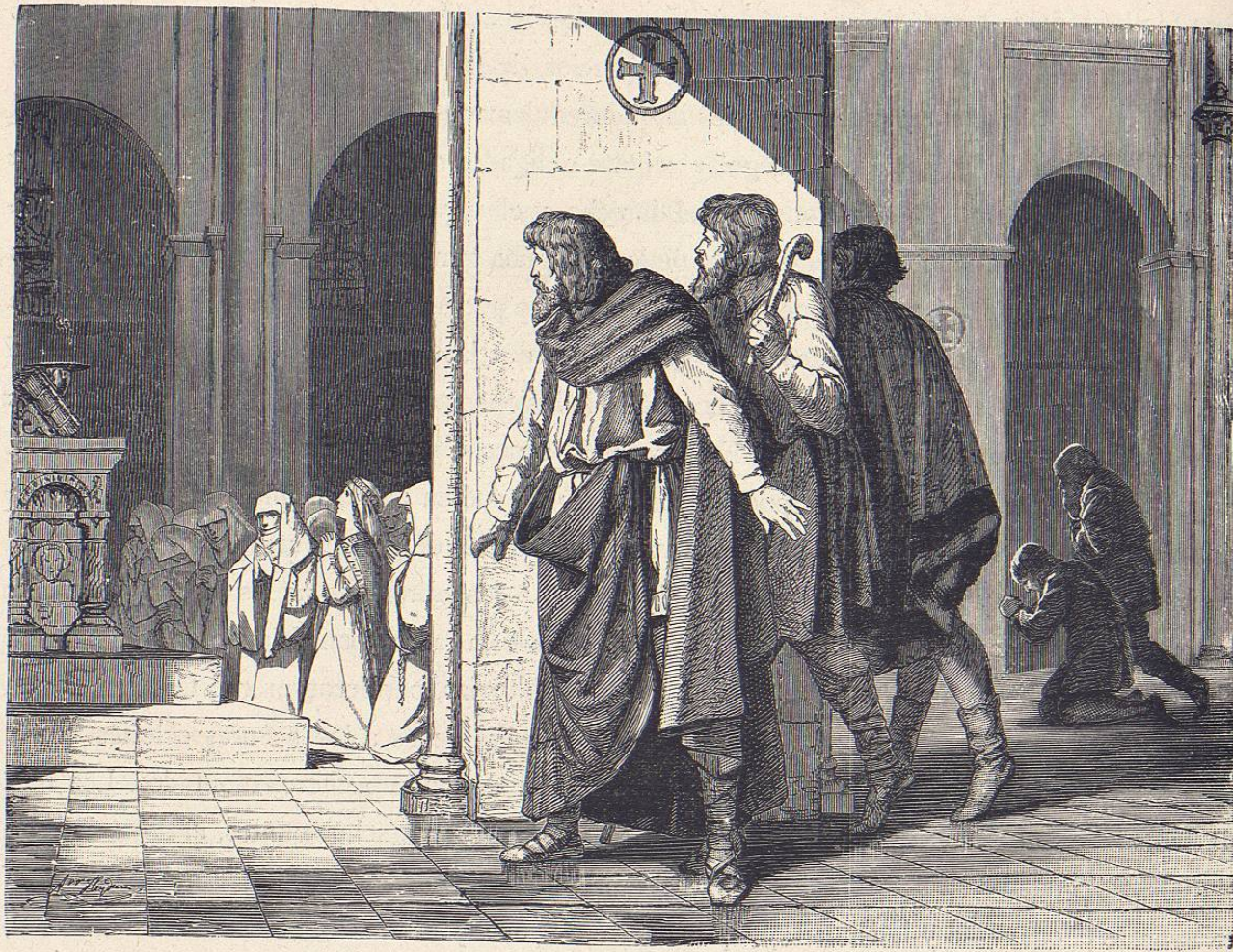
festó marcada propension civilizadora. Además, el rey Enrique I y el emperador Oton I fueron verdaderos «acrecentadores» (1) del imperio alemán, gracias al vigor y perseverancia con que, conquistando y colonizando, extendieron más y más las Marcas orientales por el país de los eslavos.

El siglo X inició ó continuó, bajo el imperio de la dinastía sajona, profundos cambios sociales en nuestro país, produciéndose un importantísimo fenómeno en la historia de la civilización, y es que á medida que la agricultura alemana hacía progresos, la posición política de los labradores alemanes empeoraba: lo primero se debió á la fundación de las ciudades; lo segundo á la movilidad de los ejércitos, reclamada por las invasiones de los magiares. Si bien se considera, los ciudadanos alemanes deberían venerar al rey Enrique como santo, no porque fuera él, como á veces se dice, quien fundó las ciudades alemanas, pues ántes de su tiempo ya existían muchas, y entre ellas no pocas de la época de los romanos, sino porque abrió á los habitantes de las ciudades el camino para que pudiesen llegar á ser ciudadanos con derechos políticos; el cómo, lo indicaremos más adelante, limitándonos sólo ahora á decir lo necesario. El gran rey, que comprendía la importancia de una clase media, mucho más claramente que no pocos de sus sucesores, procuró ante todo el abastecimiento de las ciudades, ordenando que todos los grandes actos políticos y los festejos se verificaran dentro del recinto de las poblaciones, concediendo á estas el derecho de establecer mercados y acuñar moneda. Después procuró encumbrar moral y políticamente á los ciudadanos, cuya mayoría había salido del estado de los litos, otorgándoles, al menos hasta cierto grado, los derechos civiles. A consecuencia de estas concesiones de Enrique, la industria y el comercio de las ciudades se desarrollaron visiblemente, y con el aumento de riqueza aumentó la seguridad, pues los *castillianos* (así se llamaban los habitantes de las ciudades ceñidas de muros) de un *burgo* ó castillo (de la palabra goda *burgs*, con que ya Ulfila tradujo la palabra griega *polis*), para distinguirse de los aldeanos ó labradores, dedicábanse muy especialmente desde los primeros tiempos al servicio de las armas. Los terrenos de las ciudades, cuyo cultivo había proporcionado alimento á la mayoría de sus habitantes durante mucho tiempo, estaban por lo tanto más protegidos y de consiguiente mejor labrados que los de las aldeas. La fertilidad de los campos de las ciudades servía además de estímulo á los labradores de la comarca, tanto más, cuanto que se les ofrecía la seguridad de encontrar buenos mercados en las ciudades para vender los productos de una agricultura mucho más perfeccionada. Por otra parte, los oficios debían adquirir mayor importancia y exigir mayor número de trabajadores en las ciudades, porque sin cesar aumentaba el de las personas que deseaban y podían satisfacer nuevas necesidades. La habilidad en trabajar toda clase de materiales, piedra, madera, cuero, metales y otros productos aumentó, gracias á la competencia suscitada por la reunión de los artesanos de las ciudades. El descubrimiento y más acertada explotación de las minas metalíferas en el Harz y en el Fichtelgebirge produjo un visible adelanto en la industria metalúrgica. La industria de las ciudades, empero, necesitaba dar mayor salida á los productos elaborados, y de consiguiente una importación siempre más considerable de las primeras materias. Ambas exigencias indujeron á los ciudadanos comerciantes á extender más y más sus empresas, y por lo tanto aumentaba la circulación en las antiguas vías de tráfico, abriéndose además otras nuevas. Todo

(1) Título de los emperadores alemanes: «siempre acrecentador del imperio.»

esto también debía producir efectos benéficos en los labradores, pues el valor de los terrenos aumentó, y al mismo tiempo aumentaron los precios de los frutos y del ganado; pero al paso que era mayor el bienestar material de los labradores alemanes, estos sufrían un perjuicio moral y político incalculable, pues por lo regular veíanse obligados á renunciar á las armas. Sólo en las regiones donde el labrador conservó el derecho y el vigor necesario para usarlas se han conservado también las ideas y el espíritu de los antiguos germanos libres; pero estas regiones constituyen una excepción. En general los labradores no podían ya responder al llamamiento de los ejércitos reales, sobre todo desde los tiempos en que las invasiones de los magiares de la Pusstá impusieron la necesidad de rechazar estas invasiones con fuerzas de caballería, como las del enemigo, y atender á la defensa. Este servicio especial de la época de los Otones dió su origen á los caballeros alemanes; pues un caballero no fué en un principio otra cosa sino un jinete que montado en su propio caballo, llevando por armas defensivas casco, coraza y escudo, y armado de lanza y espada, se reunía con el ejército. A los labradores no les era posible pagar los gastos que el servicio de caballería reclamaba; por esta razón iban dejando para la nobleza el uso de las armas, y una vez perdido el derecho de llevarlas, perdieron pronto también el que tenían á los honores políticos, entregando sus personas y bienes á los señores eclesiásticos y seculares, que cumplirían por ellos con el servicio militar armando pecheros montados. Los más de estos aldeanos descendieron al estado de litos, y de este, en muchos puntos, al de esclavos ó siervos. Sólo quedaban dos refugios donde el labrador ó sus hijos podían librarse de tan mísera existencia: el convento y la ciudad; y aquí añadiré de paso que la palabra alemana *stadt*, ciudad, aparece escrita por primera vez á fines del siglo X, en la obra del monje Notker, el Tartamudo, de San Gall. El orden sacerdotal podía favorecer al que naciera lito ó siervo haciéndole ingresar en una sociedad, dentro de la cual se abría una carrera brillante al talento y la energía; el lito que se refugiaba en el interior de una ciudad podía tener esperanzas de llegar á ser ciudadano, ó de asegurar por lo menos á sus hijos el ingreso en tal estado. La opresión que pesaba sobre los labradores redundó, pues, por una parte en beneficio de la Iglesia, y por la otra en favor de la ciudad: lo mismo aquélla que ésta reunieron así nuevas y numerosas fuerzas del oprimido pueblo.

El género de vida de nuestros antepasados en aquella época guardaba en todas las clases relación con el estado y la fortuna, pero en general era muy sencillo y hasta rudo. Las antiguas costumbres, en las que aún se reconocían vestigios muy marcados de la vida en las selvas vírgenes, parecían estar en abierta lucha, entre las clases nobles, con los usos de la corte de los Otones, que favorecían la civilización romana. La relajación de las relaciones de ambos sexos continuaba siendo la misma que en la época carlovingia; los grandes del imperio procedían también muy arbitrariamente en los asuntos matrimoniales, sobre todo porque aún no se consideraba como indispensable el casamiento eclesiástico para tener validez ante la ley. Este acto se verificaba todavía según las primitivas costumbres germanas, y ni aún en los desposorios de los príncipes encontramos nada que se refiera á intervención del clero. Enrique el Cazador robó de un convento á su primera esposa, la encantadora monja Hadburga, y sólo un año después, cuando se hubo ya cansado de ella, ocurriósele la idea de que en rigor no era permitido casarse con una monja, por lo cual la hizo volver á su clausura. Más nos agrada otro



ENRIQUE EL PAJARERO Y MATILDE

episodio de la vida del gran rey, cuando solicitó la mano de su segunda esposa, la bella Matilde, hija del conde Dietrich de Ringelheim, educada á la sazón por su abuela en el convento de Herford. Seguido sólo de algunos compañeros, cual si fueran gente de humilde condición, así lo cuenta el biógrafo contemporáneo de la reina, Enrique entró en la iglesia del convento, donde la bella y modesta niña oraba en medio de las monjas, arrodillada junto á su abuela, que era la abadesa. Después de haberla contemplado mucho tiempo salió de la ciudad, vistiéndose el traje real, y volviendo con gran séquito se presentó á la superiora, solicitando ver á la hermosísima virgen. Matilde salió entonces; sus mejillas, blancas como la nieve y teñidas de rubor, parecían delicadas azucenas junto á encarnadas rosas; y al fijar Enrique sus ardientes miradas en la virgen, despertó con tal fuerza su pasión, que los esponsales hubieron de celebrarse sin tardanza. Con el consentimiento de la abuela, pero sin que lo supieran los padres, se condujo á la novia al día siguiente y con todos los honores debidos, á la residencia del novio, celebrándose la boda en Walhausen. Aquí gozaron ambos cónyuges de los placeres de una unión legítima, y Enrique regaló á su joven esposa, como dote, la citada ciudad con todo cuanto estaba á ella anexo.

Matilde, madre de Oton el Grande, fundó la célebre abadía de Quedlinburgo y fué una de las mujeres más inteligentes y virtuosas de su época; ejerció gran influencia en su esposo, y con ella da principio la serie de reinas y emperatrices alemanas, que con más ó menos inteligencia y fortuna se ocuparon también de los asuntos políticos. Así lo demostró también Adelaida, segunda

esposa de Oton I, hija del conde Rodolfo de Borgoña, trabajando en favor del imperio después de su esposo. Su contemporáneo y biógrafo, el abad Odilon de Kluny, poseído de una veneración tan profunda como justificada, dice de esta ilustre princesa que era afable, digna en sus costumbres, bondadosa y caritativa hasta lo sumo, humilde en la felicidad, resignada en la desgracia, sencilla en su modo de vivir, y en una palabra, resumiendo todas las alabanzas, que durante



EKKEHARDO Y LOS MONGES DE REICHENAU

toda su vida la ilustre señora fué madre de todas las virtudes y de la moderación. Aquí encontramos ya la palabra *die mæze* (la medida, la moderación), usadas para indicar la más excelsa de las virtudes femeninas, tal como la cantaron después dos de los más grandes poetas alemanes de la Edad media, Gualtero de la Vogelweide y Godofredo de Estrasburgo, lo cual prueba que nuestros antepasados conocían y sabían apreciar muy bien la verdadera esencia de la nobleza femenil. La esposa de Oton II, la bizantina Teofana, supo dirigir y conducirse con habilidad suma en los asuntos alemanes, y aunque con harta frecuencia no pudo menos de burlarse de la «barbarie» dominante, favoreció con mucho celo é inteligencia el estudio de los autores y lenguas clásicas entre los «bárbaros» del Norte; pero también introdujo las refinadas artes del tocador y las costosas modas en el vestir entre las «rudas alemanas», que con sobrado afán se ocuparon de este elemento de la civilización. El buen obispo Thietmar de Merseburgo nos habla en su crónica de estas y otras exageraciones de sus contemporáneos, deplorándolas amargamente. Es posible que el devoto varón haya pintado esta vez su cuadro con colores más lúgubres de lo que debiera, pero de todos modos, harta razón habrá tenido para condenar la «multitud de meretrices» y hablar de las muchas mujeres adúlteras, entre las cuales había más de una que